



**Edward Lewis Wallant**  
El prestamista

Traducción y prólogo de Eduardo Jordá



Libros del Asteroide 

Primera edición, 2013  
Título original: *The Pawnbroker*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © by Edward Lewis Wallant  
Copyright © renewed 1989 by Joyce Malkin, Leslie A. Wallant,  
Kim Wallant Pereira and Scott Wallant.

© del prólogo y de la traducción, Eduardo Jordá, 2013  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © PhotoDisc

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-46-9  
Depósito legal: B. 12.639-2013  
Impreso por Reinbook S.L.  
Impreso en España – Printed in Spain  
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

# El prestamista



*Para Joyce, Scott, Leslie y Kim*



## Uno

Sus pies hicieron crujir la arena endurecida. A la izquierda tenía el río Harlem; al otro lado de la calle, a la derecha, el centro cívico, y más allá se extendía la vasta ciudad. A las siete y media de la mañana, todo estaba tranquilo para ser Nueva York. En aquel silencio relativo, sus pasos hacían unos pesados sonidos chirriantes que sonaban más fuertes y más cercanos que el traque-teo de las barcazas fluviales o el ruido creciente del tráfico a pocas manzanas de allí, en la calle 125.

Cruje, cruje, cruje.

Podría haberse tratado del sonido agradable de alguien que camina sobre la nieve recién caída. Pero aquella gran figura corpulenta, con su cara hinchada y sus ojos oscuros que no se fijaban en nada, deformados por los gruesos cristales de unas gafas de montura extrañamente anticuada, alejaba cualquier idea relacionada con la diversión.

Cecil Mapp, un negro pequeño y flacucho, estaba sentado en el bordillo de madera que flanqueaba el río, intentando recuperarse de una resaca monumental. Miró adormilado a Sol Nazerman, el prestamista, y pensó que aquel

hombre voluminoso que caminaba arrastrando los pies parecía una especie de furgón metálico. Como un tanque o algo así, pensó. Al ver a ese blanco grandullón, Cecil se animó a ojos vistas: la torpe cautela con que aquel hombre caminaba revelaba una desgracia diferente de la suya. Durante unos minutos se olvidó de su furiosa mujer, a la que tendría que enfrentarse aquella misma noche, e incluso se olvidó de la tortura inminente de un día entero de trabajo enfoscando paredes con las manos temblorosas. De hecho, hasta llegó a sonreír cuando Sol Nazerman pasaba a su lado, y pensó con alegría: ¡este hombre sufre!

Lo saludó con la mano y levantó las cejas como si se hubiera encontrado a un amigo en una fiesta.

—¿Qué tal, señor Nazerman? Parece que vamos a tener un bonito día, ¿no?

—Un día como cualquier otro —contestó Sol con indiferencia, ladeando un poco la cabeza.

Mientras seguía caminando, Sol contempló la lenta corriente del río. Y constató la ironía de su engañosa belleza. A pesar de la opacidad grasienta y de las cosas que flotaban en la superficie llena de inmundicias, de algún modo la insistencia obstinada del agua la hacía digna de admiración.

Entrecerró los ojos frente a la mañana de agosto: la marchita luz dorada sobre los puentes lejanos, las formas caóticas de los edificios industriales, y todos los destellos azarosos que rodeaban el río y evocaban el aspecto de una ciudad europea grande y muy antigua.

Pero no había ningún peligro de que él se dejase impresionar por todo aquello. Y para protegerlo de esta ilusión, tenía el impulso maltrecho de su cuerpo y de su mente.



Ah, sí, sí, era un bonito y apacible día de verano: un día tranquilo, seguro, lleno de gente que se dedicaba a sus cosas bajo aquel succulento calor que traía la promesa de algo bueno. Una mañana soñolienta en la gran ciudad. Y miró con desgana el intrincado paisaje, mientras avanzaba con los ojos cargados de hastío.

De repente tuvo la sensación de que alguien le propinaba una paliza. Una imagen se grabó detrás de sus ojos como si fuera una sacudida de dolor. Durante un instante se movió a ciegas en la mañana apacible, al tiempo que veía una oscuridad traspasada por reflectores y repleta de alaridos. Dejó escapar un gemido y abrió los ojos todo lo que pudo. Tan solo tenía delante el cúmulo de detalles de un millar de edificios bajo la tranquila luz del sol. Un minuto más tarde apenas recordaba la visión infernal, y suspiró como si acabase de sufrir un dolor pasajero, mientras sus ojos protegidos por las gafas seguían siendo tan distantes e indiferentes como siempre. Cuando había pasado otro minuto, volvió a permitirse sus acostumbradas conjeturas acerca de aquel barrio.

¿Qué era lo que había allí, en aquel tramo mugriento del recorrido que cada mañana lo llevaba a la tienda, que le transmitía un poco de tranquilidad? Solo era un amplio triángulo de arena que se extendía quizá a lo largo de dos manzanas: un descampado que parecía esperar algún uso productivo, o un lugar en el que había existido algo de cuyas huellas solamente quedaba una delgada capa anónima de arena de playa. En realidad estaba a una manzana de distancia de su camino. ¡Eh, fíjate en las cosas que llega a hacer uno! Pero le gustaba desviarse hasta allí, eso era todo. Quizá era el

hermoso paisaje y la gente adorable que podía encontrarse por el camino, como Cecil Mapp. Fuera lo que fuese, los sueños nocturnos ya habían perdido sus aristas cortantes con el paso de las horas. Miró sin mucho interés los remolcadores de colores chillones y las decrépitas barcas que transportaban toda clase de cosas. Poco a poco, a medida que caminaba, se iba liberando de los fantasmas de sus sueños, y perdían intensidad las múltiples y minúsculas heridas ocasionadas por el trato con su hermana y su familia. Quizá, después de todo, aquella parte de su recorrido era un puente entre dos realidades autónomas, un puente sobre el que podía reajustarse el manto de su inexpugnable desdén.

Cuando llegó al final de la zona arenosa y volvió a la acera, se permitió una breve rememoración de sus agitados sueños. Y aunque no podía recordar lo que había soñado, sabía sin embargo que había sido desagradable. Durante años había tenido pesadillas de forma ocasional, pero ahora eran más frecuentes.

Es la edad, creo. A los cuarenta y cinco años los nervios pierden elasticidad, pensó. Ah, dijo en voz alta, e intentó sobreponerse echando un puñado de basura sobre sus recuerdos. En la diplomática tregua que había establecido consigo mismo, no tenía sentido volver a acordarse de los muertos.

Pero cuando llegó a la tienda, no pudo contener una mueca al ver las tres bolas doradas que colgaban sobre la entrada. Aquello no podía ser sino una broma de mal gusto. Pero aun así, al ver cada mañana el feo símbolo de su oficio, nunca podía apartar de su mente la estúpida idea de que aquel signo comercial era el resultado

de un diabólico acto de vandalismo, perpetrado durante la noche por un torturador desconocido.

La mueca se convirtió en una sonrisa gélida: todavía conservaba un fino sentido del humor para ciertas vulgaridades. Pero ¿qué tenía de malo que el antiguo profesor de la Universidad de Cracovia se encontrara ahora encerrado detrás de las tres bolas doradas que anunciaban una casa de empeños? Era, con diferencia, la broma más amable que la vida le había gastado.

Y aquella broma tampoco le había salido tan mal, pensó, mientras abría los diferentes candados, desconectaba las dos alarmas antirrobo y levantaba las gruesas persianas metálicas que protegían los escaparates durante la noche. Para nada, se dijo, al tiempo que deslizaba a su alrededor una lenta mirada arrogante. Ese oficio tan desprestigiado le había proporcionado la única mercancía que valoraba: la intimididad. Gracias a él había comprado una casa grande en Mount Vernon, en la que vivía con su hermana, Bertha, y su familia política; y, al mantener a toda aquella familia (con el sueldo de su cuñado Selig nadie podría haberse comprado una casa grande en Mount Vernon), se podía permitir su propio dormitorio con baño, unas comidas decentes, y sobre todo —y eso era lo más importante—, podía proteger su intimididad de todos ellos. Y lo mismo que ellos podían subsistir gracias a él, él, a su vez, solo podía subsistir gracias a Albert Murillio. Si le sigues la pista a algo, al final siempre acabas encontrando basura. Incluso los ángeles de la guarda deben de tener un poco de mierda en las alas. Había trabajado para el Comité de Ayuda a los Judíos en París, por medio del cual consiguió llegar a América gracias a una oferta de

trabajo del prestamista Pearlman. Trabajó dos años para ese hombre medio decente, hasta que alguien le dijo a alguien que Sol Nazerman era un tipo que no se casaba con nadie. Y un día, por teléfono, una voz fría y monótona le propuso un plan: un tal Albert Murillio le haría llegar unos ingresos no declarados a través de una tienda de empeños. Sol sería el director, y también el dueño, al menos sobre el papel. Las condiciones económicas eran increíblemente generosas para Sol, así que no dudó en aceptar. Y el trato se cerró con mecánica facilidad. Sol negoció los detalles con un enviado del invisible Murillio, un contable organizó una estructura empresarial y luego fue pagando todas las facturas, y así surgió una nueva casa de empeños. Todo ocurrió según una progresión lógica: primero, desde la gente abnegada y filantrópica del Comité Judío de París; luego, a través de Sam Pearlman, que no era ni bueno ni malo, y, al final, Albert Murillio, que no era nada más que una voz monótona e inanimada en el teléfono. Y todo aquello había sido beneficioso para Sol Nazerman, así que no perdió tiempo preocupándose por el origen de su dinero. Que los Murillios de este mundo hiciesen lo que quisieran, con tal de que no le exigieran ningún compromiso y de que dejaran tranquila su intimidad. A él, lo único que le preocupaba era el instante siguiente, y quizá el que venía después.

Y ahora, en la pequeña cámara aislada en la que ocurría su vida, Sol empezó su improvisada exploración matinal de la tienda. Obtenía un sombrío consuelo del hecho de tocar y mirar un poco las cosas, sopesando y escrutando el vasto y caótico amontonamiento de objetos que la gente había empeñado.

Rozó las cuerdas de un violín deforme, sopló el polvo de la lente de una máquina fotográfica japonesa, movió varias veces el mando de una radio que no funcionaba. Con el aire furtivo de un adulto que intenta disimular su interés en los juguetes de un niño, tocó con suavidad las teclas de una vieja máquina de escribir, y luego golpeó con las uñas un plato de porcelana decorado con flores. En un rincón bajo el mostrador encontró un par de gemelos de ópera incrustados de madreperla, e inspeccionó la tienda con ellos, mirando por el lado equivocado, hasta que le pareció un lugar vasto y antiguo, como un museo dedicado a una historia incomprensible. Y, mientras tanto, sin darse cuenta del todo, sentía un perverso placer ante la idea de pertenecer a la misma familia y a la misma comunidad de Shylocks que se habían frotado las manos durante siglos y siglos. Sí, él, Sol Nazerman, ejercía ese oficio antiguo y despreciable, y había sobrevivido.

Levantó la vista al oír pasos. Su asistente, Jesús Ortiz, avanzó hacia él luciendo su deslumbrante y entusiasta sonrisa.

— *Guten Tag*, Sol. ¡Ya estoy aquí! ¡Que empiece el negocio! —dijo, moviéndose con aquella ligereza de leopardo que hacía difícil distinguir en qué parte de su cuerpo se terminaba el hueso y empezaban los músculos.

— Si dependiera de ti...

Y Sol frunció el ceño para ocultar el sentimiento de terror que le producía ver cada mañana a aquel joven de piel oscura. El rostro del chico estaba formado con una delicadeza exquisita: una nariz estrecha y recta, altos pómulos, una boca curva y expresiva como la de una mujer. Siempre que hablaba parecía alardear de la

perfección de su rostro, para exhibirlo como una especie de rencorosa compensación por todo lo que no había funcionado en su vida.

—Ya son las nueve y media —dijo Sol, implacable, desviando su atención hacia la pila de facturas que se amontonaban en el mostrador.

—Lo sé, lo sé —respondió Jesús con pesar, agitando su delicada y estrecha cabeza para que un mechón de reluciente pelo negro cayera sobre su frente—. Es que me cuesta mucho levantarme. —Echó la cabeza hacia atrás con un movimiento ensayado para que el mechón volviera a su lugar de origen. Luego fijó la vista en uno de los muchos relojes, un reloj de péndulo que los dos sabían que se había quedado parado a las nueve y veinte minutos—. Bueno, ya te he dicho que quiero que esto parezca un negocio serio. Este reloj dice que son las nueve y veinte en punto, por lo tanto insisto en que me descuenten el dinero contando la hora exacta.

—Eres un tipo listo, Ortiz.

—Venga, vamos, Sol, no te preocupes. Voy a trabajar tan duro durante las siguientes horas que es casi seguro que me vas a ofrecer una ampliación de la jornada.

Ortiz solo estaba bromeando a medias, porque sentía un extraño apego hacia aquel trabajo que su lógica le decía que era para tontos. Jesús Ortiz había ganado hasta tres y cuatro veces más con trabajos de mayor riesgo y remuneración, en empresas que le habían exigido una gran inteligencia y buenos reflejos. Durante diez meses había vendido cigarrillos de marihuana, y una vez, dos años antes, cuando tenía dieciocho años, había participado en el robo a un almacén. Pero siempre acusó un nerviosismo muy arraigado en su interior, un

sentimiento de fragilidad y terror. Jamás había querido reconocer ese sentimiento, porque sería como sucumbir a él. Ahora bien, si lo hubiera hecho, habría tenido que asociarlo con los recuerdos de la época en que se quedaba solo, de noche, cuando era niño, mientras su madre, a la que su marido había abandonado, iba a trabajar como limpiadora de un edificio de oficinas del centro. Su madre siempre dejaba abierta la puerta del piso, para que las vecinas estuvieran pendientes de lo que pasaba, pero Jesús sabía que nadie habría podido escuchar su llanto, así que ponía en práctica un horrible silencio en medio de la bárbara algarabía reinante en todos los barrios donde habían vivido. La noche era el vacío, la oscuridad era la nada. Más tarde había conseguido ocultar ese espantoso hueco incluso de su memoria, pero ese vacío había dejado sus huellas, que se manifestaban en forma de extrañas peculiaridades. Se reía a carcajadas en los momentos más insospechados, y una vez, cuando una pandilla de chicos blancos lo atrapó y le bajó los pantalones, y fingió castrarlo con una ramita inofensiva, él se puso a chillar con una alegría tan enloquecida que los chicos lo soltaron y salieron huyendo. Y cuando se sentía «inquieto» (palabra que él empleaba para referirse a aquellos extraños arrebatos), a veces iba a la misma iglesia católica que su madre, y se arrodillaba sin rezar delante de la cruz, dejándose llevar por sus particulares ensoñaciones. Entonces imaginaba que aquella figura barbuda era el padre que nunca había tenido, y allí, arrodillado, sonreía cruelmente mientras creía ver la carne desgarrada de su padre imaginario. Pero en aquellas ocasiones, de un modo muy extraño, también sentía la angustia del

amor, y su cuerpo parecía sacudido por las convulsiones de un forcejeo terrible. Y cuando se levantaba estaba agotado y apático, y entonces creía que había logrado expulsar su «inquietud».

Pocos meses antes le había dado por la idea de «hacer negocios». Veía en ellos una gran respetabilidad y una inmensa fortaleza, y en sus momentos de mayor exaltación, hasta había empezado a fantasear con una dinastía mercantil, quizá unos grandes almacenes con su nombre rotulado en oro. Y así había contestado a la oferta de Sol para un «joven brillante dispuesto a aprender como asistente en una casa de empeños. Oportunidad de aprender el negocio». Una vez allí, en presencia del judío enorme e inescrutable, se había obsesionado aún más con el potencial mágico de los «negocios», ya que parecía haber un gran misterio rodeando al prestamista, un secreto que, si Jesús lograba descifrar, podría enriquecer su vida de forma inconmensurable.

—Veo que sigues ahí —dijo Sol—. El que tenía que empezar a trabajar tan duro...

Pero Ortiz no le escuchaba. Estaba mirando fascinado los papeles extendidos frente al prestamista.

—Pagas todas las facturas con un cheque, ¿no? —preguntó—. Quiero decir, que así es como se hace en los negocios, ¿no? ¿Y qué haces? ¿Rellenar la cantidad y la persona en ese pedacito de papel y luego...?

Sol soltó un largo resoplido exasperado.

—Bueno, qué pasa, tío, se supone que tengo que aprender el negocio, ¿no? Y no es que me hayas enseñado mucho, que yo sepa.

—De acuerdo, de acuerdo, recuérdamelo mañana. Por la tarde, cuando esto se calme, a lo mejor nos ponemos



a repasar unos cuantos asuntos —dijo Sol sin alterar el tono de voz.

—Vale —dijo Ortiz, exhibiendo esa súbita sonrisa a destiempo que a veces afectaba a Sol como si alguien le estuviese arañando la piel con furia—. Voy a colocar las americanas de arriba de una forma eficiente. Se me ha ocurrido ordenarlas por marca y por precio. Hay un montón de americanas de verano. Y a veces tardas mucho tiempo en llegar hasta la mierda de americana de verano que quiere el cliente. Me he traído un montón de etiquetas y se las voy a ir colocando...

—Veo que tienes grandes planes. Lo que no entiendo es que todavía sigas ahí, con la nariz metida en lo que estoy haciendo.

Ortiz lo deslumbró de nuevo con la extraña belleza de su sonrisa. Había algo salvaje y peligroso en su cara tan tersa, una mirada de astucia y de impredecible curiosidad; pero al mismo tiempo, inexplicablemente, flotaba también en ella una inocencia volátil que te dejaba desarmado. Parecía tener... ¿cómo decirlo?, un espíritu limpio. Sí, de acuerdo, aquel chico había vendido marihuana, según contaba el viejo John Rider, el vigilante, y era probable que también hubiera robado y chuleado a una puta y Dios sabe qué más. Pero de algún modo, Sol tenía la vaga intuición de que había cierta clase de cosas que aquel chico nunca haría. Y, en opinión de Sol Nazerman, aquello era mucho, porque había muy poca gente de la que se pudiera decir lo mismo.

—Pon en marcha tus grandes planes de etiquetado.

—Tienes razón, Sol, me tienes calado. Me cuesta mucho ponerme en marcha. Pero mira cómo me muevo ahora, tengo energía atómica, ¡zzzzzzz!

Y en esto dobló la esquina y subió los escalones que llevaban al atillo, moviéndose con la extraordinaria ligereza que tanto asombraba a Sol. Por un momento, mientras oía los pasos en la escalera y luego moviéndose por el suelo que quedaba sobre su cabeza, se quedó mirando el último lugar por donde había pasado el muchacho. En los ojos de Sol había un leve rastro de diversión, y su cara parecía haber sido atrapada por un repentino estado de reposo. Por unos instantes intentó capturar las lejanas sensaciones de juventud. Con la cabeza un poco inclinada, su expresión se hizo vacua, distendida y se volvió vulnerable. Todos los relojes zumbaban o marcaban el tictac de un tiempo anónimo. Pero de repente se secó la frente como si hubiera notado un sudor invisible. Una oscuridad puntiaguda se condensó alrededor de su espalda inclinada, y volvió a concentrarse en las facturas.

Muy pocas eran del negocio, ya que la mayoría correspondía a gastos personales de la familia de su hermana. Había una elevadísima factura de teléfono, otra de consumo eléctrico que doblaba el de su tienda, y la factura de una nueva alfombra comprada por Bertha. Además, había varias de ropa de su sobrina, Joan, y una factura del dermatólogo y otra del médico internista de Selig, y la de la Escuela de Bellas Artes a la que asistía su sobrino Morton. Apretó los labios mientras empezaba a extender los cheques.

Oyó un pesado tintineo y levantó la vista. Allí enfrente tenía a Leventhal, el policía, que se balanceaba sobre las plantas de sus pies.

—¿Qué tal, Solly? ¿Cómo va el negocio?

—Podrías ser el primer cliente del día. ¿Qué es lo que quieres empeñar, la insignia o la pistola?

—No puedo hacer eso, Solly. Las necesito para protegerte.

—Ah, sí, claro, para protegerme —dijo Sol con sarcasmo. Desde hacía tiempo, Leventhal le había estado dando a entender que imaginaba que Sol tenía algo que ocultar, y que él, Leventhal, esperaba recibir alguna clase de favores por parte de Sol.

—Hablando de protección, ¿hasta qué hora estuviste aquí ayer por la noche? —preguntó Leventhal, con una expresión de amable reconversión en su cara de facciones duras y barbilla azulada.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué? Te diré por qué. Porque te estás buscando un disgusto si tienes abierto hasta tan tarde, aquí tú solito. Todos las demás prestamistas cierran a las seis en punto. ¿Qué es lo que pretendes, hacerte rico a toda pastilla o qué? O tal vez te crees que eres médico y debes estar de guardia, por si acaso a última hora un negro se queda sin dinero para comprar alcohol o necesita pasta para meterse un pico. Tienes que espabilar, Solly. Si tienes un problema, el departamento empezará a meter las narices en tu negocio y... —El policía se encogió de hombros de forma significativa.

—Te agradezco tu preocupación, pero sé lo que me hago. No te tomes la molestia de preocuparte por mí —dijo Sol con frialdad, volviendo a centrar su atención en los cheques.

—No adoptes esta actitud. Mi trabajo consiste en preocuparme por ti. ¿Dónde estarías tú sin la ley y el orden?

—Ah, sí, la ley y el orden.

—Deberías colaborar más, Solly. Sigue mi consejo porque te lo doy con mis mejores intenciones. Compar-

timos el mismo origen y debemos estar unidos contra todos esos sinvergüenzas *goys*\* —dijo Leventhal con una sonrisa turbia.

—¿Lo dices en serio? —Sol miró al policía con una expresión gélida e indescifrable—. Bueno, pues muchas gracias. Y ahora, si me permites, tengo mucho trabajo que hacer. —¡O sea que compartían el mismo origen! Pero ¿dónde se había visto a un judío con un uniforme negro, una porra y un revólver? Sol no tenía amigos, pero sus enemigos eran fáciles de detectar.

—De acuerdo, Solly, lo dejaremos así... de momento.

Leventhal se encogió de hombros, miró lentamente a su alrededor, como suelen hacer los policías, con una exagerada mueca de advertencia, y salió muy despacio, dejando a su paso un insolente silbido monótono.

Y entonces, a las diez en punto, empezó a llegar la gente.

Un blanco de unos veinte años caminó muy erguido hacia la ventanilla enrejada. Tenía el pelo tan rebelde y delicado que se elevaba y movía constantemente con cada leve corriente de aire, y además tenía cara de ahogado, así que parecía flotar dentro del agua. Su ropa raída delataba los gustos conservadores de un sensato comprador de clase media. Sostenía una bolsa de papel entre los brazos cruzados, y miraba con cautelosa intensidad al prestamista, antes incluso de depositarla en el filo del mostrador.

—¿Cuánto me dará? —preguntó en voz muy baja, y casi sin aliento.

\* Término de origen hebreo que los judíos emplean para denominar a los gentiles. (*N. del T.*)

—¿A cambio de qué? —Sol torció la boca con impaciencia.

—De esto —respondió el hombre, mientras sus ojos negros relucían sobre una gran nariz con forma de pala. Había algo histriónico y un poco demencial en su forma de comportarse, y se aferró a la bolsa de papel como si Sol fuera a arrebatársela.

—Esto, esto, pero ¿qué demonios es esto? Lo único que puedo ver es una bolsa de papel. ¿Qué es lo que quiere vender? No soy un adivino. —La voz de Sol sonaba cortante, pero su rostro se mantenía profesionalmente inexpresivo tras las gafas redondas de montura negra.

—Es un premio de oratoria —dijo el joven de pelo rebelde—. Lo gané hace nueve años, en un concurso para elegir al mejor orador de toda la ciudad.

Sol cogió la bolsa, que estaba manchada de grasa y tenía un montón de pequeñas arrugas. Se preguntó cómo fabricaban aquellas bolsas, o qué era lo que les hacía la gente para que acabaran pareciendo piel humana, piel envejecida. La abrió con una expresión de desagrado. Dentro había un busto de reluciente metal amarillo sobre una peana negra de madera lacada. En una placa del mismo metal amarillo se leía una inscripción:

PREMIO DANIEL WEBSTER  
*Concurso de Oratoria de las Escuelas  
 Públicas de Nueva York de 1949*  
 LEOPOLD S. SCHNEIDER

—Es de oro —dijo Leopold Schneider.

—Plata —le corrigió el prestamista, mientras tamborileaba con los dedos sobre el cráneo reluciente de Daniel Webster—. Mire, le daré un dólar. Ni el diablo sabe lo que podría hacer con esto si usted no viniese a desempeñarlo.

—¡Un dólar! —Leopold Schneider apretó su cara fármica contra los barrotes, como un pájaro enloquecido—. Pero si es un premio importante. ¿No sabe que en las semifinales había dos mil seleccionados de un total de veinte mil, y que solo llegaron cincuenta a la final? ¡Y yo gané! Recité «El cuervo» y gané a los veinte mil. ¡Fui el mejor de veinte mil!

—Muy bien, muy bien, eres el mejor de los veinte mil, Leopold, o quizá el mejor de entre un millón. Justamente por eso voy a prestarte un dólar, porque me has dejado impresionado.

—Pero fui el mejor de veinte mil. No pensará que voy a separarme de esta maravilla por un miserable dólar, ¿no?

—Hay muy poco mercado para los premios de oratoria que llevan tu nombre grabado. Un dólar —dijo Sol, volviendo a bajar la vista hacia los cheques.

—Mire, tengo hambre. Estoy escribiendo una obra de teatro grandiosa, grandiosa. Solo necesito unos cuantos dólares para subsistir. Lo recuperaré, se lo juro. Para mí vale mucho más que todo el dinero del mundo.

—Pues no para mí, Leopold.

—Le pagaré el triple de interés.

—Un dólar —dijo el prestamista sin levantar la vista. Ya había repetido tres veces la misma suma en una columna de números.

—Pero ¿qué diablos le pasa? —chilló Leopold Schnei-

der en medio de la tienda en calma. En el piso de arriba, los pasos de Ortiz se detuvieron un instante al oír el ruido, como si estuviera considerando la posibilidad de bajar a ver qué ocurría—. ¿Es que no tiene corazón?

—No —respondió Sol—. No tengo corazón.

—Pues vaya mundo en el que vivimos...

Sol volvió a repasar intencionadamente con los dedos la columna numérica.

—¿No podría darme cinco dólares al menos? —gimió Leopold, arrojando sobre el prestamista el agrio aliento de los que siempre pasan hambre.

Sol terminó de sumar la primera columna y apuntó que llevaba siete en la segunda.

—De acuerdo, tres dólares, al menos tres miserables dólares. ¿Qué significa eso para usted?

Sol levantó el rostro grisáceo e impenetrable. Todos los relojes marcaban el tiempo alrededor de aquel rostro inflexible.

—Estoy muy ocupado. Hágame el favor de irse. No puedo hacer nada con ese maldito chisme.

—Vale, vale, deme ese dólar —dijo Leopold con una especie de susurro tembloroso.

Sol metió la mano en el cajón del dinero y cogió un billete tan sucio y arrugado como la bolsa de papel de Leopold. Arrancó una papeleta de empeño, anotó la descripción del objeto y se la entregó a Leopold Schneider. Luego continuó haciendo la suma. Leopold se quedó quieto durante un minuto, antes de dar media vuelta y salir de la tienda con el paso torpe de un pájaro enorme y desgarrado.

Pasaron varios minutos hasta que el prestamista volvió a mirar hacia la entrada vacía. Se frotó los ojos en

un gesto de cansancio. Un diminuto rayo de sol se posó sobre Daniel Webster, y Sol notó que entorpecía su vista cuando miraba de reojo. Cogió el premio y lo dejó en un estante muy bajo y oscuro al que nunca llegaba la luz del sol.

La señora Harmon podría haber sido un alivio después de Leopold Schneider. Era grande y oscura, y su cara se había entregado desde hacía mucho tiempo a las sonrisas constantes; incluso en reposo era una continua sucesión de benévolas líneas curvas. La señora Harmon estaba convencida de que solo tenía dos opciones: reír o llorar. No había otra alternativa, y ella había elegido la primera.

—¡Venga, señor Nazerman, sonría! Aquí tiene un buen negocio. Lo que le traigo es un beneficio seguro para usted. —Levantó dos candelabros de plata, los últimos restos de su menguante, aunque nunca del todo agotada, reserva de reliquias familiares. Su marido, Willy Harmon, era vigilante en unos grandes almacenes, y solía llegar a casa con algunos regalos para ella, como muestras de parqué, restos de viejas decoraciones para ventanas y otros productos de sus modestos latrocinios. Pero aun así, las necesidades de la familia eran muy superiores a estas tímidas aportaciones. Tenían que afrontar las continuas facturas médicas de un hijo inválido y estaban intentando mandar a su hija a una escuela de secretariado, así que la señora Harmon era una cliente fija—. Auténtico estilo duquesa de York en genuina plata de ley. Aceptaría diez dólares por la pareja.

Le gustaban mucho los candelabros, porque hacían que una mesa pareciera una verdadera mesa de comedor. Pero era de ese tipo de personas que se habría cor-



tado un dedo mordido por una serpiente con un gran sentido de la ecuanimidad, porque consideraba que uno debía salvar todo lo que podía.

—Solo puedo darle dos dólares —dijo Sol, pasando las páginas de su libro de contabilidad, aunque no tuviera nada que buscar—. Usted ha empeñado muchos objetos en los últimos tiempos y nunca ha vuelto a rescatar nada.

La mujer soltó una risita indignada y negó con la cabeza al oír la oferta.

—Lo sé, lo sé, señor Nazerman. Pero es que estos candlabros son de muy buena calidad. Me costaron veinticinco dólares. Caray, pero si me podrían dar quince dólares en la tienda de préstamos de Triboro.

—Pues llévelos a Triboro, señora Harmon —dijo con calma.

La señora Harmon suspiró, sin dejar de sacudir su gran cara sonriente, como si se acordara de un chiste muy cruel pero al mismo tiempo divertidísimo. Chasqueó la lengua y desplazó su peso de un pie al otro. Su dignidad, maltratada pero todavía resistente, sufría tras su sonrisa compungida a medida que el prestamista, indiferente, mantenía su rostro de piedra gris apartado de ella. Como un niño al que le obligan a elegir entre dos alternativas desagradables, se puso a mirar con detenimiento a través de la ventanilla, arrugó el ceño e intentó exhibir unas cuantas sonrisas forzadas. Al final murmuró: «Bueno, muy bien», y apoyó su rolliza cara oscura en la reja de barrotes tras la cual Sol trabajaba con sus papeles.

—Dejémoslo en cinco dólares la pareja y no se hable más, señor Nazerman —dijo, echándole esperanzada el aliento.

—Dos dólares —repitió con voz monótona, mientras fruncía el ceño porque había visto un nombre en el libro de contabilidad que le había llamado la atención.

Ella soltó una carcajada indignada, ¡ja, ja, ja!, una especie de bramido que chocó contra el cristal de la ventanilla como si fuera una bofetada.

—Usted es un hombre sin corazón. No se da cuenta del insulto que representa esa mísera oferta. ¡Dos dólares! Pero, por favor, señor Nazerman, si en estos tiempos ni siquiera se puede comprar una pecadora con ese dinero.

Agarró los candelabros y miró altivamente para ver qué clase de respuesta obtenía de la fría cara gris. Pero no ocurrió nada. Aquel hombre estaba hecho de piedra, así que ella suspiró en un tono que indicaba que aceptaba su derrota con tristeza, pero sin perder el buen ánimo.

—De acuerdo, estoy demasiado cansada para regatear. —Soltó los candelabros y exhaló un ruidoso suspiro—. Dejémoslo en cuatro dólares.

Sol tragó aire y levantó la vista con una expresión de mediana sorpresa, como si no esperase que aquella mujer siguiera allí.

—Y un cuerno, señora Harmon. Le daré tres dólares, y solo porque ya estoy harto de todo esto.

—¿Tres y medio? —intentó ella con timidez.

Sol le dirigió una mirada inexpresiva.

—Vendido —dijo ella sin fuerzas. Luego empezó a soltar sus risitas de gordinflona e inclinó la cabeza a un lado—. Es un tipo duro, señor Nazerman, eso está fuera de toda duda. Pues muy bien, que el Señor se apiade de usted. Él es el único juez de todas las cosas.

Cogió el dinero que el silencioso prestamista le tendía,

y lo metió con mucho cuidado en su enorme bolso de plástico que crujía muy fuerte al abrirse y cerrarse, mientras negaba con la cabeza y aparecía una sonrisa pensativa en sus grandes labios.

—Caramba, qué malos tiempos vivimos, siempre malos tiempos. —Su sonrisa se hizo más grande al despedirse—. Nos volveremos a ver, señor Nazerman, se lo prometo. Y ahora cuídese, ¿me oye?

—Adiós, señora Harmon —dijo, colgando una etiqueta en los candelabros y colocándolos bajo el mostrador, al lado de Daniel Webster.

Cuando se fue la mujer, echó una mirada furtiva al reloj más cercano. «Las once menos cuarto», musitó con irritada sorpresa. Le molestaba estar tan cansado a una hora tan temprana.

Varios clientes llegaron y se fueron, pero continuaron siendo anónimos para él porque a todos los despachó muy deprisa.

Empezó a estudiar algunas de las últimas adquisiciones de su negocio. Había una vieja Kodak Autographic, una cítara de fabricación antigua, una plancha eléctrica de viaje casi nueva. ¡Con qué cosas vivía la gente! Pero era inútil intentar recordar a los dueños a partir de lo que habían empeñado. Los objetos estaban muertos y no tenían carácter, habían sido únicos y habían formado parte de una vida solo mientras estuvieron en uso. Ah, se sentía tan cansado, y ni siquiera eran las doce. A los cuarenta y cinco años no se es viejo, pero él era viejo.

El joven negro vestía ropa de colores chillones, aunque ya oscurecidos por la grasa y la suciedad, hasta el punto de que se podía pensar que no se cambiaba de

ropa desde hacía años. Tenía la mirada aterrorizada y temblorosa de un chagal, con pupilas que parecían puntos diminutos en medio de sus ojos rojizos. Bajo el brazo llevaba una pequeña radio de mesa.

—¿Cuánto me das, tío, cuánto? Oye, que vale una pasta. Es una radio muy molona, te puede dar muy buena información. Capta onda corta, llamadas de la policía, barcos en alta mar. Incluso te puede conectar con el espacio exterior en las noches claras. Sí, tío, el espacio exterior, con los satélites y todo. Venga, tío, haz una oferta. Oye, que esta radio cuesta cien dólares. ¿Cuánto me das? Venga, hombre, es muy potente y se oye muy bien, tiene un sonido tan nítido como el de una puta campana.

La saliva salía despedida de su boca como de una vieja locomotora de vapor, y no paraba de sorberse la nariz y de dar saltitos para intentar dar más solemnidad a sus palabras.

Sol cogió la radio y la conectó al enchufe que tenía bajo el mostrador. Miró cómo la luz se encendía a medida que la radio iba calentándose, pero mantuvo el rostro inexpresivo mientras que el negro, que llevaba una gorra asquerosa de la Ivy League, daba brincos y animaba a la radio, como si esta tuviera el poder de rescatarlo a él de la casa de empeños.

—Venga, chica, demuéstrole a este tipo tu poder, ponte a toda pastilla... Venga, suelta ya ese tono... ¡Esta radio es la pera! ¡Es de puta madre!

La radio emitió unos cuantos silbidos, un estentóreo galimatías eléctrico, y luego un sonido que destrozaba los nervios y que sonaba como papel celofán apretujado por muchas manos a la vez. El joven dejó de dar saltitos

y concentró su mirada escrutadora en la radio. Se le quedó la boca abierta cuando oyó el sonido que delataba su traición.

—Te doy cuatro dólares —dijo Sol. Ah, la juventud, progenitora de nuestro futuro. Ojalá la tierra tenga suerte y todos sean estériles.

—Pero qué dices, ¿quieres sacarme la sangre? Estás arrancándole las tripas a un hombre. Estoy corriendo un gran riesgo al empeñar la radio de mi madre. Me matará cuando se entere.

Pues debería matarte. Sol se pasó la mano por el puente de la nariz mientras su mente intentaba buscar el sentido de todo aquello.

—¿Seis pavos?

—Cuatro.

—Venga, al menos cinco, sanguijuela judía.

Sol sintió un peligroso parpadeo azul en la parte trasera de sus ojos. Empezó a moverse de modo amenazador hacia la puerta del mostrador.

—De acuerdo, animal, ¡vete de aquí! ¡Lárgate ahora mismo! ¡Fuera! ¡Vete a vender tus porquerías en la calle!

—Vale, vale, hombre, no se ponga así, no se enfade. Deme los cuatro pavos, me los llevo —dijo, con las manos temblorosas y revoloteando de un sitio a otro a causa de su penuria—. Rápido, dese prisa, hombre, por favor. —Su rostro revelaba la agonía de un incendio interior, una expresión intolerable que llenó de rabia al prestamista.

—Lárgate ya —dijo Sol, entregándole el dinero—. Y no vuelvas a molestarme con tu sucio vocabulario. Este es un lugar de trabajo. No necesito basura humana por aquí.

—Sí, sí, tío, sí —dijo el joven, que ni siquiera podía oír al prestamista. Cogió el dinero y le dio un beso atropellado antes de metérselo en el bolsillo. Luego se fue dando pasitos de baile, con una beatífica sonrisa de extravío en su cara contorsionada. Al salir tiró la papeleta de empeño al suelo.

Sol sintió el dolor punzante que anunciaba una jaqueca. «Hace calor», dijo en voz alta, como si quisiera justificar el dolor. Por primera vez durante aquel verano empezó a enrollarse las mangas de la camisa, alarmado por su primera concesión al calor.

Jesús Ortiz bajó con un par de americanas colgadas de perchas. Se había pasado toda la mañana ordenando, colocando y etiquetando. Al ver toda la ropa amontonada en pilas polvorientas que llegaban hasta el techo del atillo sofocante, cada chaqueta le había parecido un bloque de cemento para un extraño edificio que estaba construyendo sin un diseño premeditado. Y ahora estaba obsesionado por la perfección: había descubierto que dos americanas normales desentonaban entre la maravilla estética en la que trabajaba.

—Estas dos americanas, Sol... —empezó a decir, pero justo entonces reparó en los números tatuados de forma rudimentaria en el brazo grueso y lampiño de su patrón—. Oye, ¿qué clase de tatuaje es ese? —preguntó.

—Es el símbolo de una sociedad secreta a la que pertenezco —contestó Sol, con una curva en forma de guadaña en los labios—. Tú nunca podrás formar parte de ella. Hay que saber caminar sobre las aguas.

—Vale, vale, no voy a meter las narices donde no llaman —dijo Ortiz, con la mirada todavía fija en las extrañas marcas que parecían formar un código. ¡Cuán-

tos secretos guardaba aquel judío grande y pálido!—. Mira, es que estas americanas están nuevas —continuó con la voz ausente, porque ya se había olvidado de su misión—. Pueden valer treinta y cinco pavos, o incluso cuarenta. Dentro llevan las etiquetas de Hickey Freeman.

—Haz lo que quieras, Ortiz. Sé creativo, toma la iniciativa —dijo el prestamista con tono burlón.

Ortiz continuó mirándolo durante un minuto antes de dar media vuelta con una expresión igualmente hermética. Él también tenía secretos. Y los secretos le conferirían un aspecto de vasta dignidad, incluso una sensación de poder.

Justo antes de las doce, como de costumbre, Ortiz salió. Almorzaba en la cafetería que quedaba al otro lado de la calle, en sentido diagonal, y luego le compraba a Sol el invariable sándwich de queso y un café, y se los llevaba a la tienda. Durante unos quince minutos él se hacía cargo del negocio, mientras Sol se quedaba en su pequeño despacho acristalado, comiendo y mirando distraído a través del cristal como si fuera una criatura exótica exhibida allí. Y mientras Ortiz trabajaba, tratando a los clientes negros con una dureza algo más compasiva que la de su patrón, siempre era consciente de la ciega mirada singular que tenía clavada en la espalda. Y entonces se sentía tenso y misteriosamente excitado, porque en aquellos momentos su condición de aprendiz alcanzaba una importancia inconmensurable, y parecía poseer la llave del tesoro escondido por Sol.

Más de la mitad de los relojes se acercaban a la una cuando entraron tres hombres empujando una cortadora de césped. Sol la estuvo mirando durante unos ins-

tantes, recordando lo increíble y estúpido que era el mundo en el que vivía. Luego asintió con un tibio desagrado, como si le hiciera una reverencia a una odiosa deidad omnipotente. «Ah, sí, vaya pieza, qué cosa más bonita.»

Había visto a dos de los hombres por el barrio. Eran el vulgar y diminuto Tangee, que llevaba una americana a cuadros con hombreras, y Buck White, con su cara majestuosa de guerrero africano, casi negra al cien por cien, que parecía un ser elemental imbuido de dignidad hasta que uno se fijaba en sus pueriles ojos estúpidos, siempre anegados en una especie de ensueño. Pero fue el tercer hombre quien llamó la atención de Sol. Era un negro que iba vestido de forma normal, con una sencilla americana gris y un sombrero destartado en la cabeza. Con su camisa limpia y su anodina corbata marrón, podría haber sido un pobre pero discreto empleado público que había recibido una buena educación y que se había propuesto eludir todos los clichés sobre la forma de vestir de los negros. Pero esta impresión desaparecía cuando uno reparaba en su cara, huesuda y macilenta, dominada por unos ojos azules que irradiaban una impaciente e inquisitiva amenaza. Y en presencia de aquel rostro, la ridícula transacción se volvió de repente opresiva, más allá de lo imaginable.

—¿Qué das por esto, tío? —preguntó Tangee con una sonrisa ostentosa—. Es nueva, nunca se ha usado. Se supone que tiene un motor muy potente. A ver, ¿cuánto se suele dar por esto?

A medida que hablaba, sus ojos, igual que los de sus compinches, se deslizaban por la extensa colección de mercancías con una insolente mirada codiciosa.



—¿De dónde la habéis sacado? —preguntó Sol, acari-ciándose la mejilla.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pero qué dices, tío, es un regalo, ¡un regalo! Si no fuera porque me dio corte preguntarle a mi amigo dónde la había comprado, ya la habría devuelto a la tienda. Pero no quería que él se diera cuenta de que este trasto no me hace ninguna falta, porque hubiera herido sus sentimientos. A caballo regalado, no le mires el diente. —El pequeño bigote de Tangee bailoteaba sobre su sonrisa, que parecía un expositor de marfil—. Mi amigo me la regaló en la fiesta de inauguración de mi casa.

—Es increíble lo imbécil que puede llegar a ser la gente, ¿verdad? —dijo Sol—. Podría haberse dado cuenta de que no hay una sola brizna de hierba en dos kilómetros a la redonda de tu casa. Me refero a tu amigo, claro.

—Sí, es verdad —asintió Tangee, que ya empezaba a cansarse de la comedia. Sus ojos miraban con mayor avidez la gran colección que tenía a su alrededor, y de vez en cuando asaeteaba a sus compañeros con la mirada, como esperando una señal—. Bueno, ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, lo sé muy bien —dijo Sol en tono cansino—. ¿De dónde la habéis sacado?

—Oye, tío, no sé a qué vienen tantas preguntas. Es mía, y ya está. Eso es asunto mío, ¿no?

—Mira, amigo, la policía tiene listados de mercancía robada. Estoy obligado a hacer una lista de todos los artículos que me vienen a empeñar. A mí me importa un pimiento si la has robado en el escaparate de Macy's. Lo único que me preocupa es que yo perdería el dinero si me la confiscaran.

Entraron tres clientes más mientras Sol discutía con Tangee y sus compañeros silenciosos. Apretó el botón camuflado que avisaba a Ortiz para que bajase del altillo.

—No la hemos robado, tío, no tienes por qué preocuparte. Un tipo me la regaló, supongo que creía que podría serme útil.

—¿Una cortadora de césped?

El sarcasmo del prestamista era un veneno fácil de digerir que solo actuaba sobre sí mismo. Experimentó una vaga sensación de ahogo al mirar los labios sueltos y carnosos de Tangee y los amenazadores ojos azules del negro de la americana gris.

—Sí, una cortadora de césped. Y si empeño este puñetero objeto, me tienen que dar dinero. Después de todo, es útil, ¿no? —dijo Tangee, mientras examinaba el rostro del prestamista con ojos que parecían de cristal, poniendo una expresión de frío cálculo, como si estuviera imaginando lo que pasaría si hiciera pedazos la cara de Sol.

Buck White se quedó mirando el brazo tatuado de Sol, y el negro de los ojos azules tenía la vista fija en la parte trasera de la tienda, con un semblante que parecía un hueso quemado. Dada su abúlica paciencia, había algo en ellos que los emparentaba con una jauría de perros, tan seguros de atrapar a su presa que se detenían, jadeantes, y formaban un corro indolente alrededor de su víctima. Sol se mantenía inmóvil, intentando comportarse con la misma serenidad y calma que ellos. Al otro lado de la tienda, Ortiz tenía que ocuparse de un montón de clientes, y se movía enérgico de un lado a otro, atendiendo a dos o tres a la vez con rapidez y eficacia.

Y él permanecía delante de aquellos tres hombres, apriisionado por su actitud amenazadora, con la estúpida cortadora de césped en medio del suelo, como si fuera un tótem grotesco al que estuvieran animando a adorar.

— Aunque no fuera un objeto robado, ¿quién va a querer una cortadora de césped? Nadie viene en busca de algo así. Incluso en una subasta...

— Quédatelo, prestamista, quédate el puñetero trasto — dijo de pronto el negro de los ojos azules, con una voz asombrosamente grave que casi parecía subterránea, como si fuera el eco de un pozo muy profundo.

Sol lo miró con un gesto sombrío, luego desplazó la vista a la bovina mirada inhumana de Buck White, y después a la calculadora e insolente de Tangee. Solo quería que se largasen de allí. Eran como correas que le estaban oprimiendo el pecho. Asintió.

— Os doy siete dólares — murmuró —. O lo cogéis o lo dejáis.

— Claro que sí, tío. Adjudicado. ¿Ves? No había ningún problema. Es un placer hacer negocios contigo.

Tangee se volvió hacia sus dos compañeros como si fuera un artista esperando un aplauso. Buck White sonrió con un gesto de timidez, mientras desplazaba el peso de su enorme corpachón. El hombre de los ojos azules solo torció la boca y apartó la vista a regañadientes de todo lo que había estado mirando en la parte trasera de la tienda.

Tangee cogió el dinero, y luego, al tiempo que fijaba sus ojos burlones en el prestamista, estrujó la papeleta de empeño y la arrojó frente a él.

— Volveremos, tío, me gusta hacer negocios contigo — dijo, y salió acompañado por su séquito, como si

fuera uno de esos diminutos jefes guerreros que inspiran respeto en los demás porque no ven lo ridículos que son sus propios aires de grandeza.

La cabeza de Sol estuvo retumbando durante toda la tarde. Era importante para él no dejar de trabajar. La silenciosa y demacrada mujer de Tangee llegó como si fuera la sombra inexpresiva de su ostentoso marido. Sin regatear, empeñó algunas de las mejores prendas desechadas por Tangee, cogió el dinero con un atisbo de sonrisa cortés y salió caminando muy estirada, como si temiera que la hicieran volver atrás por alguna razón. Luego entró la mujer de Cecil Mapp, disimulando su vergüenza por medio de un puritano desdén hacia todos los hombres, incluido Sol. Ofreció una bandeja de plata. «Puede alegrarse de saber, señor prestamista, que al menos está ayudando a alguien», dijo con amargura, exhibiendo el dinero que le acababa de dar. «Usted está alimentando a los niños que se han quedado sin comida por culpa del whisky de Cecil Mapp.» Dicho esto, se marchó como si fuera un enorme ángel vengador, y Sol pudo ver cómo cogía de la mano a un niño pequeño y se lo llevaba como si fuera un transatlántico arrastrando un remolcador: no quería corromper al niño con el aire malsano de la casa de empeños. Una prostituta del salón de masajes que había al final de la calle le llevó un bonito cepillo para el pelo, labrado en plata, y un espejo de mano. Era una mujer guapa de piel clara que se llamaba Mabel Wheatly, y tenía un aspecto sorprendentemente limpio e inmaculado. Pero llevaba el hastío encima como si fuera una armadura, y no miró a Sol ni una sola vez durante su breve intercambio. Un fontanero de facciones afiladas y joviales, y con las orejas

maltrechas, llegó para rescatar una llave dinamométrica por la que Sol le había ido dejando dinero durante casi tres años: dos dólares cuando la empeñaba, un poquito más cuando la rescataba... un proceso tan absurdo como deslizarse por la superficie de un anillo de metal. Un jornalero, una estudiante de secundaria, un marino, una gitana de piel oscura cargada de trastos brillantes. Un viejo, un joven, un hombre con un gancho en lugar de una mano. Un exboxeador tonto, un estudiante, una madre inexpresiva. Entraban y salían, para luego regresar con un nuevo aspecto. Y, durante todo el tiempo, el prestamista mantenía el sentido del equilibrio que llevaba ejercitando desde hacía mucho, aunque no por ello resultara menos precario. Era como si sus nervios y su cerebro se aferraran al presente y a lo inmediato, al modo de un instrumento muy bien afinado. Pero ¿y si ese equilibrio se rompía en alguna ocasión? Por milésima vez, consiguió desechar aquel pensamiento antes de que se manifestara. La tienda rechinaba por el peso de las desgracias ajenas. Y él resistía.

Estaba obligado a tratar con depravados y desposeídos, con pequeños villanos y con sus víctimas aún más pequeñas. Y sus armas eran sus opacos ojos adiestrados y la voz gélida que solo ofrecía lo mínimo. A lo largo de las horas, otras personas además de Jesús Ortiz dispusieron de tiempo para preguntarse por los extraños números tatuados como venas falsas bajo la piel de su brazo, o para especular sobre el grave aspecto de su rostro carnoso y siempre cubierto por unas gafas. Pero el prestamista guardaba su secreto, porque aunque algunos pudieran sospechar ciertos sucesos de su historia, ninguno de ellos podría averiguar su al-

cance real. Y mientras siguiera haciendo su trabajo, los demás solo se llevarían la impresión de algo enorme y terrible.

A las siete menos cuarto de la tarde sonó el teléfono. Sol lo cogió sabiendo quién era.

—¿Murillio? —dijo, casi sin articular la palabra.

—Tienes que gastar cinco mil pavos, Nazerman. —La voz al otro lado de la línea tenía el timbre insondable de una grabación—. Un contratista pasará mañana. Te dará un presupuesto para reparaciones ordinarias. Dale un cheque certificado de la cuenta de la tienda.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama?

—Savarese.

—Muy bien.

—¿Qué tal va el negocio, Nazerman? ¿Estamos ganando dinero? —La risotada sonó igual que las palabras, como si fuera una voz grabada.

—Como siempre, gastamos más de lo que ingresamos.

—Perfecto, tío. Muy pronto el Tío Sam tendrá que pagarnos dinero. Subsidiarnos a nosotros, ¿eh? Un negocio que pierde dinero no puede pagar impuestos, ¿no? Oye, eso es una buena idea: los subsidios. Que nos patrocinen, como hacían en Italia durante el Renacimiento. Ya sabes, los Medici y todo eso. Eran mecenas de los artistas, Miguel Ángel, Da Vinci... ¿Qué te parece? ¿Y por qué no podemos tenerlos nosotros, eh? Pues claro, tío, nosotros también somos artistas, ¿no es verdad? ¡Artistas de la estafa! —La amarga risotada sin vida volvió a sonar de nuevo—. Vale, vale, socio, te volveré a llamar dentro de un par de días. Acuérdate del asuntillo ese. Y no metas las narices, ¿eh?

Levantó los ojos del teléfono y vio a Ortiz, que estaba

observando la placa grabada bajo el busto de Daniel Webster. La tienda permanecía a oscuras incluso con las luces encendidas, de modo que parecía que el problema no era la intensidad, sino la calidad de la luz. Afuera, el sol del atardecer envolvía la calle en un baño dorado, dentro del cual los transeúntes se movían como oscuros nadadores que no tenían prisa por llegar a ningún sitio. Con su asistente, aspiró el polvo de las mercancías toqueteadas y los olores habituales de sudor, orgullo y llanto. Era una atmósfera indefinible pero también poderosa, que les confería una intimidad que ninguno de los dos deseaba.

— Toda esta basura... — dijo Ortiz, pensativo—. Pero es negocio a pesar de todo. El negocio es algo serio, sí, muy serio. Tienes registros, libros y papeles, todo bien guardado negro sobre blanco. Pero para eso hay que ser como vosotros, vuestro pueblo sabe cómo hacer estas cosas.

— ¿Qué pueblo? — preguntó Sol, que estaba mirando atontado la piel tersa y casi sin poros de su ayudante.

— Los judíos, todos los judíos.

— Sí, sí, se ve que lo has estado estudiando mucho — dijo Sol en tono seco, mientras alejaba la vista del rostro del joven y se dedicaba a pescar mejores capturas entre las tubas de metal, las cámaras, las radios o las bandejas de plata.

— Los negros sufren como animales y todavía no les ha servido de nada. Y los judíos sufren, pero se lo saben montar bien y se han hecho dueños del mundo con su sufrimiento.

— Ve a revelar la noticia, Ortiz, corre a anunciarlo al mundo. Se ve que te lo has estudiado bien, eres todo un profesor universitario.

—Lo sé, ya verás, lo sé —dijo Ortiz, enfadado—. Sé cómo son las cosas.

—Tú no sabes nada, absolutamente nada.

—Vale, de acuerdo, pero ya verás lo que sé.

—Nada, nada, nada.

—Vas por ahí con tu cara de póquer y te crees que eres el único que sabe. No te engañes. Tengo ojos y oídos, pienso, y lo sé.

—Tú no sabes nada —dijo el prestamista, vaciándose en un suspiro.

—Y lo que no sé, lo descubro.

Sol recuperó su frialdad.

—Eres un meón, eso es todo lo que eres —dijo—. Son más de las siete, ¿por qué no te vas a casa?

—De acuerdo, patrón —dijo con amargura. Volvió a colocar a Daniel Webster en su sitio, con una rabia instalada en su cara oscura que parecía de marfil—. Buenas noches, patrón, que tengas muy buenas noches.

—*Gay in draird!*\*

Ortiz se fue, haciendo reverencias con una sonrisa burlona, mientras su reluciente pelo negro caracoleaba sobre su frente con cada nueva inclinación.

—Buenas noches, buenas noches, buenas noches...

Sol soltó un bufido en la tienda ya vacía. ¿Qué era aquello, qué era aquello? Se vio sacudido por un temblor leve, como si fuese un álamo bajo una brisa casi invisible. ¿Fiebre? ¿Tendré fiebre? Ah, sí, es el verano, cada año me pasa lo mismo. Hay gente que tiene la fiebre del heno, pero yo tengo mi aniversario. Caray, es dentro de dos semanas, el veintiocho. Tendré que pasarlo como

\* En yiddish, «¡vete al infierno!». (N. del T.)



siempre. Quizá debería ir a ver a Tessie esta noche. Pero no, no, estoy demasiado cansado. Iré a casa y leeré en la cama. Ah, sí, tengo por delante dos semanas maravillosas. Ah, qué tontería, ¡qué tontería es todo esto!

Al cabo de un rato empezó a preparar la tienda para la noche. Cerró la caja fuerte e hizo rodar varias veces el botón. Dejó encendida la luz del pequeño despacho acristalado y fue apagando uno por uno los fluorescentes. Luego bajó los cierres metálicos de los escaparates y conectó las dos alarmas antirrobo. Por último, tras una breve ojeada a toda la mercancía acumulada, que yacía sumergida en la oscuridad que él había provocado, como yacen los restos antiguos semienterrados en el lodo del fondo del océano, cerró la puerta y la atrancó.

Su boca dibujó una mueca que un peatón tomó por una sonrisa. Cerró los ojos un instante y se apoyó en el áspero cierre metálico que protegía el escaparate. El aire tibio del atardecer se deslizaba sobre su rostro cegado, y los típicos olores revueltos de un barrio pobre asaltaron su nariz. Se quedó inmóvil como un muerto, mientras el mundo seguía con su babélica conversación en forma de motores de coches y sirenas de barcos, gritos lejanos, risas, la música distorsionada pero también alegre que emitía una máquina de discos. Al final se tocó el puente de las gafas —era un hábito que tenía— y empezó a caminar hacia el río, hacia su coche, y en última instancia, hacia su cama fresca e inmaculada.